

Advertencia

Dejaré unas pocas páginas en blanco al principio, para que la lectora pueda entrar en el libro como mejor le parezca, y otras al final, por si quiere quedarse reflexionando o, incrédula, sospecha que la novela no ha acabado y que los personajes siguen con las peripecias a sus espaldas. También alguna entre capítulos, porque muchas cosas quedan por decir en ellos, y después otros espacios en blanco al acabar o comenzarlos, e incluso entre párrafos, lo que podría parecer arbitrario, aunque no lo sea. Que la lectora no crea que puede dar rienda suelta a sus veleidades de escritora y garabatear lo que se le ocurra en ellas, pues es blancura de mi puño y letra, sujeta a todos los derechos correspondientes, como consta contractualmente con los H&O de marras.

Otra advertencia: en ocasiones, no escribiré nada (véase el final de la segunda parte, por ejemplo), y me quedaré así parado, frente a la pantalla; o llamarán al interfono y deberé contestar; o me aburriré y

me distraeré (me distraigo muy fácilmente). La lectora deberá acostumbrarse a ello, y no seguir leyendo tan por delante de mí que yo no sepa ni lo que escribo. No, no señora; como digo, en ocasiones no escribo nada, y a la lectora no le quedará otro remedio que convenir. Pierda cuidado: en cuanto empiece de nuevo, lo advertiré.

Advertencia (II)

Uno de los mayores peligros de una novela de un interés tan agudo y seguido como la nuestra es que la lectora lea tan de corrido que no sea capaz de frenar a tiempo y se despeñe en la última página. Es por ello que se irá ralentizando la lectura con fragmentos más contemplativos o inconexos que desinteresen la atención de forma gradual y controlada. No sería la primera vez que, por falta de cuidado, se tenga que lamentar un accidente y que el autor se vea sujeto a demandas por daños y perjuicios. La lectora está por tanto avisada. A partir de aquí, que lea con prudencia, y cuando note cada vez más desnudo el tacto de las páginas en su pulgar derecho, que se prepare: la novela está por terminar.

Advertencia (y ya)

La lectora atenta captará recuerdos de otras lecturas en estas páginas, que según el ánimo de quien se balancee en ellos serán llamados «copias», «plagios», «préstamos» u «homenajes», como esta misma *Advertencia de Plagios* que está leyendo y que copié de Macedonio Fernández palabra por palabra. El autor los utiliza como piezas constructivas de la narración, sin ningún ánimo de lucro. Se advierte por tanto de que nada hay de original en las páginas que siguen y de que todas las palabras que aparecen en ellas ya han sido escritas con anterioridad.

Prelibro

Leyendo en la página 59 de *Chris Marker y La Jetée*, de Antònia Escandell Tur, que Jean Thibaudeau y Marcelin Pleynet propusieron la creación del cine materialista en unas declaraciones a la revista *Ciné-thique* en 1969, un cine que consistiría en no ocultar el proceso productivo de la película, me ha venido a la cabeza, mientras tomaba un café y fumaba un cigarrillo al lado del balcón para aprovechar los rayos de sol que entran a las tres de la tarde en casa, que falta por contar la historia productiva de un libro, de cualquier libro, de un libro como el que la lectora tiene entre las manos. Una lectora que seguirá viva al menos durante unos instantes más y que me acompañará en este relato, ojo con ojo, si quiere, o a cierta distancia —no siempre es fácil ganarse la confianza en una novela, y menos cuando el autor no juega limpio, lo cual no es mi caso—. Para muestra un botón, se suele decir, y mi botón lo tiene la lectora frente a los ojos, hablando ahora mismo en sus sinapsis neuronales: *Esta es una de Las*

ciento cuarenta y cuatro páginas de este libro. E incluso podría decir que ninguna historia propiamente dicha puede revalorizar con más legitimidad el manido *Basado en hechos reales*, del que tantas veces se ha abusado y que se ha colocado con toda la fe bajo el título de este libro; y que ahora la lectora no podrá recurrir al *Si no lo veo, no lo creo*, ni podrá negar que sus dedos estén tocando la realidad misma de la historia que se cuenta, ni dejar de oír, quiera o no quiera, unas palabras que nadie pronuncia.

Qué quiero decir yo con novela materialista, oigo que pregunta la lectora, y agradezco el entusiasmo y el interés, pero deberé pedirle todavía un poco de paciencia antes de poder mostrarle evidencias (y digo bien, *evidencias*) de a qué me refiero; bástele saber, por el momento, que queremos dar voz a todos los elementos que intervienen en la producción de este objeto mudo —recuérdelo la lectora—, como el papel y las páginas, la tinta, el hilo o la cola, así como a todos aquellos trabajadores (personajes) que, con más o menos pasión, han puesto su granito de arena para que este libro llegara a la librería habitual de la lectora desde las selvas de Madagascar. Y por supuesto deberemos hablar de la librería habitual y de la lectora en cuestión que, probablemente, podría considerarse la protagonista de este libro, con el permiso del libro mismo. Al menos así se lo podemos hacer creer por el momento, ¿no le parece?

Por poner un ejemplo: si la lectora ha prestado un poco de atención a lo que no suele leerse, se habrá fijado en que en la parte inferior izquierda de la sexta página de este libro (llamada *página legal*) aparece un código ISBN que en este caso es el 978-84-128848-3-8. Señales menos misteriosas han dado pie a que algunos novelistas hayan creado todo tipo de relatos e incluso mundos literarios, sin el menor reparo por la verosimilitud ni respeto por el tiempo de la lectora, algo a lo que yo, gracias a una elección materialista, no tengo por qué prestarme. No necesito más que tirar con rigor (y habrá momentos, lo reconozco, en que me fallen las fuerzas o tenga mejores cosas que hacer) del estricto hilo de la realidad, en este caso, de la oficina de la Federación de Gremios de Editores de España, en la calle Valle Inclán de la ciudad de Madrid, donde Marta González Lima, encargada de tramitar las solicitudes de las editoriales que quieren registrar sus libros en el ISBN, nos puede decir, en exclusiva para este libro: «Es un trabajo mucho más apasionante de lo que parece, pero a mí lo que me gusta es patinar».

Es solo un ejemplo para que la lectora se haga una idea de a qué materialismo apelo cuando afirmo que esta es la *Primera Novela Materialista*, y volveremos con Marta González Lima más adelante, en cualquier momento, pierda la lectora cuidado.

Es una mujer magnífica que tiene reservadas varias escenas importantes.

Tampoco se me podrá acusar de desbaratar la intriga de la novela si desvelo que el final de la historia de este libro son las palabras que la lectora acaba de leer en los párrafos precedentes, es decir, que el final de esta historia comienza con su lectura. Que, una vez llegados a este punto, deberé soltar la mano de la lectora o perderla de vista, si es que todavía sigue conmigo y no ha decidido dedicar su tiempo a otras cosas, lo cual no podré de ninguna forma censurarle, porque, sobre todo, necesitaría su presencia, y porque reconozco que yo mismo soy un lector infiel e inconstante, caprichoso, hedonista y con pocos compromisos morales. Por esta razón ya avanzo que el final de esta historia es el libro que la lectora tiene entre las manos (un final, si se quiere, feliz, a la americana) y que lo que comienza a partir de aquí podría ser una historia (o no), pero que en todo caso es *otra* historia, cuyo responsable ya no soy yo, como autor, sino la lectora, que podrá hacer con ella lo que le venga en gana (mi primo, por ejemplo, suele utilizarlas para calzar estanterías).

El papel

I

Una vez fijado el inicio y el final del libro, y habiendo puesto en marcha a la lectora con un leve calentamiento de las áreas cerebrales de Broca y Wernicke, no me gustaría perder la inercia ni provocar distracción alguna que pudiera entorpecer el paseo que propongo, una letra tras otra, así que aprovechando que todavía debe resonar en las neuronas la palabra *Madagascar* que he dejado caer poco antes no sin cierta picardía, voy a dar ya algunas pinceladas sobre la estructura del libro, unas cuestiones que se consideran formales en otras novelas, pero que en esta implican al mismo tiempo fondo y superficie: con un total de 144 páginas de papel Oria Bulk Ivory y tinta Ink-Jet, una portada de cartulina gráfica de 300 gramos a dos colores, el peso que este libro puede tener en la literatura universal es exactamente de 231 gramos, lo cual lo convierte en algo más pesado que *La metamorfosis* y en algo

mucho más ligero que *Anna Karénina*. Con unas dimensiones de 18 centímetros de largo y 12,2 centímetros de ancho, y un grosor de apenas 1,3 centímetros, es un libro que puede calificarse, *de facto*, como de bolsillo, es decir, portátil y ajustado para la ciudadana moderna, perfecto para la excursión que propongo a la lectora (sí: más que discurso, excursión).

Dentro de esta estructura, el material más abundante es el papel y, a pesar de que procede de tres lugares distintos, la selva de Madagascar es el origen predominante (los otros son la selva de Borneo y la del Amazonas). Se podría decir, por lo tanto, que proviene de uno de los *pulmones* del mundo, pero, dado que en las novelas materialistas nos abstenemos de las metáforas en la medida de lo posible, diremos que proviene de un árbol con código de referencia SRT53436, extraído el 26 de abril de 2024, a las 13:04 hora local, en la región D45 de la empresa maderera WoodenLand, con sede en las islas Reunión pero con actividad casi exclusiva en Madagascar, y talado por George Andriamanantena, de veintiséis años, que, como veremos, no cobró nada por él.

La información que tenemos del árbol SRT53436 no es abundante, pero nos puede dar una buena idea sobre su carácter. Convendrá la lectora en que es un escenario esencial de esta historia, y que no es el mero paisaje o *atrezzo* que habitualmente encontramos en las obras de teatro escolares. Es la médula

misma, el *tronco* de la historia. El árbol que George Andriamanantena tala el 26 de abril de 2024 es una dalbergia, cuya madera es muy apreciada para los instrumentos musicales y otros productos de lujo. Fue decisión del editor que fuera el papel de dalbergia, y no de eucalipto, ni de pino radiata, ni de chopo, el que diera forma y esqueleto a este libro (por su musicalidad, dijo, aunque ya veremos que también esto era mentira); pero centrémonos de nuevo en las inmediaciones del río Onive, donde George debe prestar más atención a los cocodrilos de la orilla que a las dalbergias que lo rodean. Se encuentra en la región de Alaotra Mangoro, el lugar donde nació su padre, y donde nació también el padre de su padre, y así sucesivamente, y, por mucho que le duela talar ilegalmente una de estas hermosas dalbergias, se dice en su lengua malgache: «Aleo maty rahampitso toy izay maty androany» [‘Mejor morir mañana que hoy’]. Ha venido desde Antalaha, tres horas en coche, luego cuatro horas en canoa remontando el río Onive, dos más caminando por arrozales y ahora acampa junto con otros jóvenes, comiendo una raíz de nombre no traducible y bebiendo café, afilando sus hachas, contando historias, no es difícil sentirse solo en medio de esta inmensidad verde. Justo antes de que caiga la noche, se oye a una lechuza de campanario abrir la veda para la caza con un trino parecido al de un saxo